

Veintisiete ensayos y una Facultad / Jürgen Schuldt

El Perú frente al siglo XXI,
Gonzalo Portocarrero y Marcel Valcárcel, (editores),
Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995
(28 autores/27 artículos/10 comentarios; 670 páginas)

1.

Este voluminoso y variado, pero a la vez profundo libro de ágiles y sintéticos ensayos, en el que han participado treinta y ocho de los más connotados profesores/investigadores de las ciencias sociales de la PUC y —me atrevería a decir— del país, contiene tres grandes áreas de estudio, según el índice de contenidos, a saber: una primera, que abarca los campos de la Economía, la Población y el Medio Ambiente; una segunda, que cubre aspectos esenciales de la Sociedad, la Cultura y la Política; y una final que versa sobre las Ciencias Sociales, la Universidad y el Desarrollo.

Estas temáticas en sí, sin embargo, no son las que más habrán de interesar al lector de este texto, sino otras más vastas que se cobijan en cada uno de los ensayos, cruzando las temáticas arriba indicadas. Entre líneas también divisamos cuatro grandes temas implícitos, que se dan al interior de cada texto: de una parte, encontramos no sólo un diagnóstico de los principales problemas socioeconómicos peruanos en las postrimerías del siglo XX, sino asimismo las propuestas y los lineamientos para la elaboración de un programa de desarrollo nacional viable para los próximos veinte o treinta años. De otra

parte, se exponen «estados de la cuestión» sobre diversos aspectos y temáticas de investigación de las ciencias sociales en el Perú, a la vez que se explicitan diversos vacíos e incluso una agenda de investigación para el presente lustro.

Debo señalar de partida que no asistí al Seminario que sirvió de base para la elaboración de las versiones definitivas de estas ponencias, de manera que no me queda el sabor de sus debates y refrigerios sino apenas el olor de unas páginas bien impresas. Siento que no esté aquí Richard Webb, pero por supuesto que me honra ocupar su lugar, a pesar de no haber sido alumno ni ser profesor de esta prestigiosa Facultad y Casa de Estudios y, sobre todo, porque los comentarios de Richard ciertamente serían más pertinentes que los que yo podré hacer desde la distancia.

2.

Sería pretensioso querer comentar todo el libro, puesto que abarca amplios campos de las tres disciplinas que agrupa la Facultad e infinitas hipótesis y reflexiones de alta complejidad; las que no sólo escapan a mi profesión, sino incluso a mi cabal comprensión. Limitaré mis observaciones a una sola temática,

referida a algunos aspectos relacionados con el presente y el futuro de las ciencias sociales en el país, desde la perspectiva del libro que aquí se presenta. Mi tesis central y única a ese respecto, sobre la base de los artículos leídos, consiste en afirmar que en la Facultad de Ciencias Sociales de la PUC se ha ido configurando una *sólida escuela de pensamiento social*, única en el país y que ojalá «prenda» en los demás centros de estudios de ciencias sociales de nuestro medio. Trataré de ilustrar mis hipótesis en torno a ello sustentándolas en ciertas opiniones e ideas desperdigadas a lo largo del extenso texto.

Obviamente la Facultad de Ciencias Sociales de la PUC no es un remedo de escuela. No se trata aquí de emular a la tristemente célebre Escuela de Chicago, es decir, no se está a la búsqueda de un pensamiento unilineal, aparentemente incontestable, rígido y homogéno. En mi opinión, no es ésta una Facultad conformada por académicos-técnicos de los que Ortega y Gasset denominaba «bárbaros modernos», limitados a un solo ámbito estrecho del conocimiento y en la que los que egresan de ella parten de los mismos postulados, comparten las mismas definiciones e instrumentos y proponen las mismas recetas de política. Ese sería el peor ejemplo de escuela de pensamiento, en la que sus cultores hasta visten igual, cargan el mismo tipo de maletines, insumen dietas similares y usan el mismo corte de pelo. Son estos 'yuppies' los que tanto abundan en aquellas Facultades que hoy

en día se autoconsideran propuloras de las modernas ciencias sociales «serias», altamente especializadas y en las que de tanto árbol no se llega a divisar el bosque, en un mundo en el que estaríamos asistiendo al «Fin de la Historia» en los términos de Fukuyama.

La definición de «escuela de pensamiento» o de formación y de investigación académicas que me atrevería a definir aquí es una que se desprende directamente de la lectura de los veintisiete ensayos que configuran el texto que comentamos y que también se transluce en los diez comentarios que contiene. Se refiere, más que a paradigmas, a formas y enfoques para hacer ciencia y divulgarla. Del texto se desprende que en la Facultad existe una «comunidad científica» —en términos de Thomas Kuhn— que comparte ciertas normas, valores y expectativas que la hacen «escuela» en un sentido amplio de la palabra. El valor que ello tiene para los estudiantes es incalculable, no sólo por el memorismo que se recusa y que abunda en casi todos los establecimientos educativos superiores, aunque ese «método» pueda haberse originado en las escuelas primarias o secundarias.

3.

En lo que sigue intentaré presentar sintéticamente lo que considero son las *trece características distintivas* de esta Facultad, que la hacen indudablemente la primera en su campo, no sólo en el país, sino seguramente también en la región andina.

En primer lugar, debe destacarse el *pluralismo metodológico* que caracteriza la investigación que se lleva a cabo en la Facultad, en que se divisan las más diversas posiciones, cada una extremadamente *rigurosa* a su manera, notándose afortunadamente la ausencia de los extremos, tanto de los positivistas radicales, como de los nihilistas relativistas; observándose una presencia importante de popperianos y de marxistas renovados. Lo dice Gonzalo Portocarrero: «Quizá lo más característico sea el hecho de que hayamos razonado la realidad peruana desde amplios marcos conceptuales» (p. 632).

En segunda instancia, parcialmente ligado a lo anterior, llama la atención la coexistencia de planteos ideológicos alternativos, la *heterogeneidad política* de los planteamientos, lo que enriquece la formación de los estudiantes, a la vez que se da en un ambiente en que el diálogo se lleva a cabo en un espacio de respeto mutuo. Observamos aquí un avance importante respecto a la situación que prevalecía apenas una década o un lustro atrás: los amigos o enemigos —tanto en lo académico, como en lo personal— se hacían en función de la tendencia ideológica y/o política que profesaban. Bien dice un autor: «en nuestra Facultad hubo siempre lugar para la pluralidad, para la discusión y el diálogo» (p. 630).

En tercer lugar, se observa que sus profesores se encuentran muy al día en los *avances recientes de la ciencia* a escala

latinoamericana y mundial, lo que no sólo debe ser resultado del hecho que tienen la mejor hemeroteca del país, sino que parecería derivarse de cuando menos los siguientes factores, que reconoce uno que otro autor de este texto: la motivación de sus profesores (con sueldos que ciertamente no se corresponden con su capacitación y dedicación), el tenaz «intercambio académico con universidades del exterior» y porque «hemos logrado evitar el provincialismo» (a decir de Portocarrero, p. 632). En efecto, cada ensayo presenta un «estado de la cuestión» del tema que trata y, más aún, la exhaustiva bibliografía que presenta cada uno en sus páginas finales a veces es tan o más valiosa que el contenido del propio trabajo, en muchos casos salpicado por una alta dosis de crítica constructiva y hasta de *autocrítica*, atributos poco conocidos en nuestro país pocos años atrás.

Cuarto: es de resaltar la marcada *conciencia histórica* que tienen los autores, su afán de recuperar, digerir y evaluar críticamente nuestro pasado, que nutre cada uno de los artículos y le da una profundidad diacrónica. Lo que no sólo permite iluminar el presente, sino que facilita vislumbrar el futuro.

Quinto: más que el *preciosismo teórico-metodológico* que está tan de moda en ciertas universidades del país y del extranjero, y que en algunas Facultades se ha convertido en un fin en y para sí mismo, de estos artículos se transluce que —sin olvidar la importancia de

la normatividad científica básica que debe contener todo trabajo— siempre la *preocupación por los principales problemas del Perú* ocupa el primer lugar en los trabajos. El «afán cientifista» del que habla Salomón Lerner, ha dejado su lugar a «una amplitud del espíritu y un encuentro continuo y fiel con la realidad» (p. 624) en esta Facultad. Más aún, como lo reconoce el propio decano de la Facultad, «sucede que por una suerte de moralidad interna, de consecuencia con sus principios, tocó a las ciencias sociales la tarea de denunciar la injusticia social y exigir el cambio» (p. 631).

Sin contradecirse con lo anterior, sin embargo, en sexto lugar, también deben reconocerse los importantes *aportes teóricos* surgidos en la Facultad, como los de Fuenzalida en antropología y de Rochabrún y Nugent en sociología (según Portocarrero: p. 632) y, sobre todo, los de Adolfo Figueroa en economía, de los que puedo dar fe, especialmente por su libro «Teorías económicas del capitalismo» y la del artículo —sin duda uno de los más lúcidos de la presente colección que comentamos— en que argumenta que «el objeto de la ciencia económica, en tanto ciencia social, tendría que dirigirse a entender el equilibrio social y no, como se hace actualmente, sólo el equilibrio económico» (p. 57), «como si no existieran umbrales de tolerancia social» (p. 71) respecto a determinados niveles de pobreza y desigualdad. Por lo que nuestros gobiernos no sólo deberían preocuparse de cerrar las brechas fiscal y externa, sino

también la brecha distributiva (p. 72).

Sétimo: el elevado *nivel* de los esquemas de *argumentación*, así como su sofisticación, casi de filigrana, y el *debate* con y entre posiciones científicas o «programas de investigación» alternativos (en el sentido que le diera Imre Lakatos) también llama la atención, sobre todo si se la compara con la que se diera sólo hace un lustro atrás. Es indudable que la «situación límite» (en un sentido algo distinto al que le impregnara el filósofo Karl Jaspers) que significaron la hiperinflación y el senderismo han contribuido a madurar los enfoques y a precisar planteamientos, en que el blanco y el negro han dejado su lugar a todos los colores del arco iris en estas ciencias sociales, otorgándole una riqueza impresionante. Predomina así un espíritu crítico y reflexivo, cuestionador y regenerador a la vez.

Más importante aún, en octava instancia, es lo que se reconoce explícitamente: «En la docencia lo característico de la Facultad ha sido la *cercanía entre los estudiantes y los profesores*» (p. 632), como debería ser en toda universidad que se precie como tal. En este ámbito, sin embargo, surge una nube gris preocupante: no parece haber una generación de recambio, a decir de Rochabrún. Por lo que Portocarrero (p. 632) llama a la *renovación*, a no dormirse sobre los laureles conseguidos.

Noveno y esencial: todos los trabajos muestran una rica veta de aproximación desde la disciplina que domina el autor a otras

de las propias ciencias sociales. La *inter o multidisciplinariedad* es una característica immanente de estos trabajos y, sin duda, de toda la Facultad. Fritz Wils, sin embargo, considera que este tipo de trabajo «todavía carece de práctica y base institucional en la Facultad» (p. 669). Esta sería la tercera vía entre las dos más convencionales, la unidisciplinar y la transdisciplinar. En efecto, de un lado, efectivamente «la experiencia de muchos países ha mostrado que la respuesta puramente monodisciplinaria a los desafíos de desarrollo ya no es suficiente y que debemos entrar en nuevos caminos» (Wils: 670); de otro lado, en parte desafortunadamente, la transdisciplinariedad, sea por el enfoque marxista convencional, sea por la aparente universalidad del paradigma neoclásico, ha dejado su lugar a planteos más modestos. En efecto, en el trabajo de Sulmont y Távora se demuestra —sobre la base de los estudios contemporáneos sobre la empresa— que «ignorar mutuamente los aportes de ambas disciplinas [se refieren a la sociología y la economía] parecen ser cada vez más reducidas y que el espacio de convergencia es cada vez mayor. (...) La integración de las perspectivas sociológica y económica debe proceder paso a paso, nutriéndose de investigaciones conjuntas en áreas específicas de interés común» (274).

Décimo: Además de lo antedicho, no sólo se trata de aproximarse entre científicos sociales en estos «tiempos postmodernos». También habría que abrirse hacia *otras cuatro*

perspectivas. De una parte, como señala Lerner, existe el «imperativo moral» de las ciencias sociales «de trascenderse a sí mismas para que en diálogo fecundo con otras disciplinas humanísticas y también con la *filosofía* puedan entrever los horizontes a partir de los cuales hallan su legitimidad y sentido» (p. 624). De otra parte, como dice Marcel Valcárcel, se requiere de «explicaciones integrales de la realidad», para lo que también será necesario establecer «relaciones con especialistas de las *ciencias naturales*» (230). En tercer lugar, también se reconoce que la *literatura* en general y la peruana en particular puede nutrir el desarrollo de sus ciencias sociales, como lo hace Cecilia Rivera en su reconstrucción de la ausencia paterna en la infancia de José María Arguedas, a partir de su propia obra (pp. 417ss.). Finalmente, siguiendo a Sulmont y Távora, «resulta importante a la vez perfilar mejor cada disciplina y concretar un programa de investigación en coordinación con *líderes* empresariales y sindicales, *expertos* en administración, psicólogos, historiadores, geógrafos, asistentes sociales e ingenieros industriales. Esto exige compartir esquemas conceptuales y enfoques metodológicos y avanzar hacia niveles mayores de trabajo concertado» (276). Menuda tarea.

A pesar de ello, curiosamente —probablemente por tradición— las disciplinas de historia, de geografía y de filosofía, que por el *método de investigación* se aproximan cada vez más al de las ciencias sociales, deberían estar

en esta Facultad y no en la de Letras y Ciencias Humanas. En añadidura, ¿por qué no existe una carrera de ciencia política y/o de administración pública en la Facultad? Fritz Wils lo reconoce: «Profesionales en ese campo serán muy necesarios en vista del gran número de desafíos que se plantean en el campo del desarrollo, la gestión institucional y lo sociopolítico» (p. 669). ¡Cuánto se enriquecerían la antropología, la economía y la sociología con esas incorporaciones, aunque ello ciertamente también tendría su costo: impediría que el gran decano de Sociales se dedique a la investigación y la docencia!

Undécimo: ligado al punto anterior, en ausencia de teorías globalizantes, se observa que se trata —en la gran mayoría de los casos— de ensayos y trabajos de investigación basados en lo que Robert Merton denominaba «teorías de alcance medio». En ese sentido se observa que en la Facultad se tiene una clara conciencia de las limitaciones de las ciencias sociales, pero también se poseen planteos a nivel científico para su reconstrucción, pero que siempre sólo llegan a ser necesariamente parciales. A ese respecto, Valcárcel propone «conjugar lo micro, lo macro, lo meso en el análisis de los temas rurales», así como el abordaje de «lo interfamiliar como unidad de análisis» (p. 229). Uno de los mejores artículos del libro fue presentado al alimón, no por casualidad por un sociólogo y un economista, Sulmont y Távora, sobre la «Economía y sociología de la empresa en el Perú», que

rebasaba largamente la materia tratada y nos ofrece fabulosas vías para la investigación en esos campos, sobre todo cuando comprueban que «en la práctica, las relaciones de tipo económico y de tipo social no son separables» (p. 264) y que por ello será necesario «redefinir los supuestos del comportamiento humano tomando en cuenta el oportunismo y la racionalidad limitada, a concebir a las empresas como estructuras de gobierno, y a examinar la incidencia de las instituciones en los costos de transacción» (265), reconociendo que «no existen modelos a priori de organización social, sino posibilidades abiertas a la creatividad de los actores» (267), en que se destaca la relevancia de las redes sociales (p. 273), la existencia de formas de «reciprocidad asimétrica» (271), la importancia de los sistemas de valores y creencias para legitimar y estabilizar las reglas de juego (265), etc.

Duodécimo: en esta Facultad es notoria la permanente preocupación por encontrar nuevas perspectivas de desarrollo, lo que ha llevado ya a ciertas propuestas viables de política y de reformas de largo plazo. Portocarrero lo reconoce así: «el fin de la violencia y el logro de la estabilidad económica, nos abre un panorama más vasto de inquietudes, nos permite pensar en el largo y mediano plazo. Es decir tratar de imaginar un desarrollo con integración social y sin sacrificio de la identidad cultural» (p. 633) o, para usar el enfoque de Roxana Barrantes, hacia un «desarrollo sostenible».

El libro que comentamos está regado de propuestas específicas al respecto.

Last but not least, como dirían los ingleses, caracteriza a estos trabajos una décimotercera característica: la *dimensión ética* constructiva envidiable que nutre la docencia y la investigación en esta Facultad. Como lo ha señalado el rector de la Universidad en su trabajo: «la existencia de una ética del quehacer científico, sustentada en principios permanentes que hagan justicia a la verdad y sean fieles a los objetos que se estudian. Se trata de una ética de la sabiduría, para utilizar la expresión de Weber, por la que se superan como paradigmas morales los criterios de la oportunidad y la mera eficiencia» (p. 624). A lo que el decano añade coincidentemente «que el conocimiento no puede estar divorciado de los valores, que el compromiso es el último paso en el camino que nos conduce de la coherencia a la acción» (631).

4.

Es decir, viendo en perspectiva este trabajo conjunto de los miembros de la Facultad, se trata de un conglomerado de textos e, *inter alia*, de un plantel de *maestros* que se configuran en torno a un paradigma de lo que significa la docencia y la investigación en los tiempos modernos, exactamente opuesta a la que —por lo menos en su momento— irradiaba la denominada Escuela de Chicago. Con razón dice Lerner que se trata «quizá de la Facultad de Ciencias Sociales más coherente y mejor

estructurada en nuestro país». Y estoy de acuerdo, porque en muchas otras universidades, incluida la mía, prácticamente todos los sociólogos e historiadores son de la Católica, y hasta los politólogos (que estudiaron psicología u otra profesión en la PUC), al margen de los lingüistas de primera línea con que contamos. Ahora sólo nos falta contratar a los economistas...; el problema es que éstos —por lo menos hasta ahora— son demasiado fieles a su camiseta. Lo que, dicho sea de paso, sería otra característica de los profesores de la Facultad.

Indudablemente este cuadro impresionista de la Facultad podría parecer o ser efectivamente idílico, pero así se percibe desde fuera. En el peor de los casos, si no fuera válido este bosquejo a la distancia, si sólo se tratara de una *Fata Morgana*, de un espejismo, pido a la audiencia que me perdone por las fantasías expuestas y sugiero a los responsables de la Facultad que utilicen estos comentarios como una propuesta o recetario que convendría que se avance en los próximos años. Personalmente creo, no sólo por la lectura de los textos sino por los profesores que conozco, que la docencia de características esbozadas anteriormente —sin ningún afán de exhaustividad— son las que marcan a la Facultad de Ciencias Sociales de la PUC y han sido hasta ahora su principal contribución al desarrollo del país.

En efecto, tengo la impresión de que si la Facultad sigue por este camino en sus trabajos

de investigación y de docencia no va a contribuir a poner algunos ministros, grandes empresarios o funcionarios para gobiernos como el actual. En cambio, para bien, sí generará esa masa de profesores, de investigadores y, sobre todo, de ciudadanos que son necesarios para desesperar a gobiernos autoritarios y para proponer alternativas viables para la configuración de una Nación en y para la Democracia. Cuando llegue ese momento, entonces sí, serán muchos los ministros y funcionarios egresados de esta

Facultad que ocuparán cargos de alta responsabilidad.

Para terminar, si todas las facultades del país tuvieran profesores-investigadores y, sobre todo, maestros de las características que predominan en la Facultad de Ciencias Sociales de la PUC, y si todos los políticos, los funcionarios públicos, los empresarios y periodistas alcanzaran su nivel y creatividad, seríamos un país altamente desarrollado.

(Texto para la presentación del libro. Centro Cultural de la PUCP. Lima, 21 de junio de 1995.)